

## CAPITULO LXXXIV.

Donde se ve cómo sufren las adversidades los hombres de gran corazón.



MIENTRAS que los sucesos que acabamos de referir ocurrían en la isla de Santo Domingo, Roldán por una parte, y el adelantado por otra, perseguían á los rebeldes en el departamento de Xaragua, en tanto que Colón permanecía en la pequeña colonia que en Bonaó habían fundado los españoles, á quienes se les habían repartido tierras en aquella comarca.

Era al anochecer.

Los últimos rayos del sol, que caminaba á sepultarse en las aguas del Occidente, imprimían al horizonte un aspecto melancólico.

Volvían los trabajadores del campo, en donde durante el día habían cultivado la tierra.

A lo léjos se escuchaban los plañideros sonidos de los arcos que cantaban los indios para olvidar su esclavitud.

Todo era triste, todo era sombrío.

Parecía que en todas partes se reflejaba la amargura que experimentaba el corazón de aquel hombre, de aquel genio, que presentía el porvenir, y era que Colón se hallaba en uno de esos instantes de la vida en que cae el alma en el desaliento, en los que lo ve todo negro, en los que parece que se abre á sus piés la fosa que ha de guardar para siempre sus ilusiones y sus esperanzas.

¡Con qué intensidad pensaba en sus hijos!

¡Con qué afán traía á su memoria los recuerdos de los dos ángeles que habían endulzado las horas de su vida: Felipa y Beatriz!

¡Cómo veía en su imaginación la figura de fray Pedro Antúnez, que tan bueno había sido para él!

¡Cómo recordaba las palabras de Diego de Deza para impulsarle en su empresa, haciéndole ver la gloria que le reservaba el porvenir!

Pero por más que quería borrar los tristes colores del horizonte, recordando los alegres matices que le habían sonreído en los momentos de su apogeo, la pesadumbre de su alma se interponía entre su deseo, y puede decirse que en aquellos momentos no había en su corazón más que melancolía.

Ojeda, uno de sus más valientes capitanes, había aspirado á usurparle su gloria; y había conseguido licencia de los reyes para hacer exploraciones atentatorias á sus derechos, porque habían otorgado á Colón el privilegio exclusivo de descubrir tierras.

Después de haberse alejado de la costa, otras carabelas habían tocado en ella, y había sabido, con profundo pesar, que uno de los Pinzones, hermano de aquel que murió bajo el peso del remordimiento, de aquel que había sido su primer enemigo en el Nuevo Mundo, se lanzaba á empresas como las suyas.

Pero ¿qué eran estos pesares, que podían herir su amor propio, no su codicia, porque no deseaba más que la gloria?

¿Qué era aquella imposibilidad que veía de realizar sus propósitos, los propósitos que le habían inspirado en el campamento de Granada los frailes que habían llegado allí desde Jerusalén para pedir la protección de los reyes, para arrancar de las manos de los idólatras el Santo Sepulcro?

Nuevos disgustos iban á poner á prueba su asombrosa resignacion, su imponderable heroismo.

Un inesperado suceso fué á sacarle de su meditacion.

Uno de sus escuderos, que habia ido á Santo Domingo al servicio de su hermano don Diego, llegó al sitio donde estaba Cristóbal Colon acompañado de un paje que acababa de llegar á la colonia á las órdenes de Bobadilla.

La llegada de estas dos personas le sorprendieron.

El escudero se adelantó y le entregó una carta de su hermano.

«Ocurren grandes desgracias, le decia Diego. El paje que acompaña al escudero te enterará.

«Espero inmediatamente tus órdenes.»

Colon miró al paje y se sorprendió.

No era la primera vez que veia aquel rostro.

Alarmado Colon, entró seguido del paje en una habitacion de la casa donde se hospedaba, y los dos quedaron solos.

—¿No me habeis reconocido? exclamó el paje. No me extraña. ¡He sufrido tanto desde que no nos vemos!...

Colon fijó una penetrante mirada en su interlocutor.

—¿Vos aquí, Isabel? exclamó, reconociendo en el paje á Isabel Monteagudo.

—Sí; yo que he venido espiando á vuestro enemigo, porque no soy ingrata, porque no he olvidado los beneficios que os debo, porque al quedarme sola en el mundo, sin más esperanza ni más deseo que la muerte, juré consagrar toda mi vida á velar por vos, y he venido á cumplir mi palabra.

—Hablad, hablad; no sé qué triste presentimiento me dice que son inmensas las desgracias que me amenazan. ¿Habeis hablado con mi hermano?

—Sí, le he descubierto quién soy, y he venido con vuestro escudero á daros cuenta de lo que pasa.

—No demoreis un instante vuestra explicacion. ¡Hablad, hablad por Dios!

—Vuestros enemigos de España, dijo Isabel, han realizado sus deseos. Ya recordareis que yo estaba al servicio de ellos para poder saber los planes que meditaban contra vos. El obispo Fonseca, explotando los sentimientos de los reyes, ha fraguado la intriga que ha dado por resultado la llegada á la colonia de don Francisco Bobadilla, el cual ha venido á arrojaros de ella, á apoderarse del gobierno, y á presentaros en la corte como la causa de todos los desastres que han ocurrido en la isla.

—¿Es posible eso?

—Sí; el rey, empeñado en luchas que absorben crecidas cantidades, tiene vivos deseos de que estas tierras produzcan lo bastante para cubrir sus atenciones. Sabe que hay oro, mucho oro en ellas, y vuestros enemigos le han hecho creer que vuestra codicia y vuestros desaciertos son la única causa de los exiguos resultados que da la posesion de estos países, al mismo tiempo que han presentado á los ojos de la reina, como una indignidad de vuestra parte, el permiso que habeis concedido á muchos de los colonos que han vuelto para llevarse indios en calidad de esclavos; y de comun acuerdo los monarcas, por instigacion de Fonseca, han nombrado á don Diego Bobadilla para que inspeccione vuestra conducta, para que examine la situacion de la colonia, para que juzgue las causas de la rebelion, para que condene á los culpables, y en todo caso, para que os destituya y tome á su cargo la gobernacion de la isla.

—Mentira me parece que hayan podido dar los reyes semejantes órdenes.

—Hace unos cuatro dias que hemos llegado. Yo he conseguido, gracias á mi disfraz, volver en calidad de paje de vuestro

tro enemigo, y he venido á anunciaros lo que pasa, para que os dispongais á contrarestar la influencia de ese hombre.

—¿Y cómo, si tan autorizado viene por los reyes?

—Es cierto: trae los más amplios poderes, y ya ha abusado de ellos. En vano ha tratado de negarse don Diego vuestro hermano á respetar sus órdenes; en vano ha protestado contra todos sus actos. Lo primero que ha hecho ha sido mandar leer en público las reales cédulas que le autorizan á intervenir en todos los negocios de la gobernacion de la isla. Ha pedido que le entreguen los presos. Al ver que se oponian á su mandato, ha forzado las puertas de la fortaleza de Santo Domingo, ha penetrado en ella, ha arrestado á sus jefes, y ha puesto á su disposicion á los reos. No satisfecho, y autorizada por otra real cédula para pagar inmediatamente á los colonos y obligaros á que saldais las cuentas con vuestros servidores, ha secuestrado vuestros bienes, ha entrado en vuestra casa y se ha apoderado del oro, joyas, escritos, de cuanto poseeis, y contando con el concurso de todos aquellos á quienes ha favorecido, de los mismos rebeldes á quienes ha ofrecido proteccion, seguro de que los tendrá á su lado contra vos, puede decirse que á estas horas no teneis ni un solo amigo.

Colon escuchó estas noticias con profundo abatimiento.

—¿Es posible, exclamó, que un hombre como yo, que ha pagado tan caros los beneficios de la suerte, se vea en el ocaso de su vida preso en las redes de viles cortesanos, y herido de muerte con la envenenada espada de la calumnia?

Yo os agradezco las pruebas de lealtad que me habeis dado; pero creedme, Isabel, más me valia haber ignorado todo esto hasta el momento mismo en que ese infame se apoderase de mi persona para ofrecerme el triste espectáculo del castigo que me prepara.

—¡Oh! No, no desmayeis de esa manera. Es infame, y por

lo mismo cobarde. Aunque la envidia ha formado en torno vuestro gran número de enemigos, la envidia reconoce el mérito, y aún podreis encontrar entre los españoles, entre los indios, elementos bastantes para destruir la obra que por sorpresa ha logrado llevar á cabo Bobadilla. Sí, yo creo que aún podeis reunir un ejército bastante para sofocar esta nueva rebelion, para hacer pasar á los ojos de todo el mundo á Bobadilla como un usurpador de atribuciones, como un aventurero; y en todo caso, enviarle á España en una carabela colgado de un palo, para que vean los reyes cómo tratáis á los que quieren humillaros, á los que vienen á romper los sagrados convenios que habeis firmado con los monarcas de España.

—No, no es ese el camino que me traza el deber. La razon está de mi parte, la razon no es la fuerza, no es la venganza. Gracias, Isabel, gracias por los buenos deseos que os inspira mi suerte. Pero yo confio en la Providencia. Yo sé que pone á prueba á sus hijos predilectos; yo sé que cuando acerca el cáliz de amargura á los labios de un hombre, es para abrirle los brazos y ofrecerle su gracia despues. Volved al lado de vuestro nuevo amo; que no descubra vuestro secreto, porque podria castigaros. Yo sé lo que debo hacer: estoy tranquilo, quizás una nueva desgracia va á acabar de purificar mis pecados, va á consolidar la gloria que se ha servido Dios concederme.

—Ved lo que haceis, dijo Isabel, que admiraba á Colon y estaba dispuesta á sacrificarse por él; si Bobadilla perece, todas las cosas volverán á su estado, y yo, que he roto ya los lazos que me ligan á la tierra; yo que moriria contenta por vuestro bien, puedo libraros de su presencia.

—Callad, callad, y renunciad á ese fatal propósito. Si quereis servirme, si quereis que sea grato á mi corazón vuestro recuerdo, respetadle y obedecedle: ahora partid, pudiera ave-

riguarse que habeis venido á verme, y no os lo perdonarian nuestros enemigos.

Isabel partió.

Conociendo las intenciones de Bobadilla, creyó que aún necesitaba vivir para ser útil á su protector.

Colon halló todavía en su alma resignacion, valor, energía, para soportar aquel nuevo infortunio.

—No es la fuerza la que debe oponerse á la fuerza, dijo; luchar con las fieras es ser fiera tambien.

La Providencia es quien debe juzgarme.

A pesar de los actos de Bobadilla, no podia creer que estuviese autorizado por los reyes para relevarle.

Aquel cambio tan repentino en la conducta de los soberanos era inconcebible.

La gran reina Isabel no podia haber enviado á la isla un verdugo para que le juzgase.

Aguardó, pues, á saber de una manera oficial la llegada de Bobadilla, para resolver el difícil problema de su situacion.

## CAPITULO LXXXV.

### El colmo de la infamia.



UANTO más meditaba Colon sobre los últimos sucesos de que habia sido teatro Santo Domingo, más se convencía de que los reyes no habian podido autorizar á cometer aquellas agresiones á su gente.

Pensaba que á lo sumo le habrian autorizado á ejercer las funciones de primer justicia, accediendo á los deseos que les habia manifestado varias veces, pidiéndoles que enviasen á la isla una persona autorizada para aplicar la ley en los casos necesarios.

Los abusos que habia cometido Aguado le hacian suponer que Bobadilla se habia extralimitado, y bajo este supuesto quiso obrar con mesura para que contrastase su conducta con la de aquel hombre, que de ninguna manera podria tener una autoridad igual á la suya.

No tardó Bobadilla en enviarle un emisario para noticiarle su llegada, y leer en su presencia las reales cédulas en virtud de las cuales obraba.

Al mismo tiempo, por orden suya habian salido otros á recorrer toda la isla con el objeto de que en todas partes fuese acatado Bobadilla.

El almirante, simulando que ignoraba todo lo que habia ocurrido, se limitó á escribir á Bobadilla dándole el parabien por su llegada á la isla, y aconsejándole que no dictase providencias violentas, sobre todo en lo relativo á los derechos

concedidos á los colonos para acopiar oro; esto en vista de la medida que habia dictado, concediendo permiso por veinte años á los españoles residentes en la isla, para buscar aquel metal, sin más contribucion que la undécima parte de lo que cogiesen.

Por lo demas, le manifestaba que se alegraba de su venida, puesto que él tenia grandes deseos de volver á España, y entónces aprovecharia la ocasion de realizarlo, toda vez que quedaba en la isla una persona de tanta confianza para los reyes.

Celebró la llegada de los misioneros, y les dirigió cartas sumamente afectuosas.

Ninguno respondió á ellas, y Bobadilla, en vez de contestar, aprovechó las firmas en blanco que le habian dado los reyes para dirigirlas á los más encarnizados enemigos de Colon; y entre ellos á Roldan, ofreciéndole en cambio de su apoyo toda clase de proteccion.

Esto acabó de destruir la influencia del almirante.

Viéndose éste completamente abandonado, publicó un edicto, manifestando que los poderes de Bobadilla no podian ser válidos ni legales, toda vez que los reyes le habian concedido á perpetuidad facultades amplias para gobernar aquellos países.

Poca fuerza tuvo este documento.

Los emisarios de Bobadilla recorrian la isla, y los mismos jefes de las fortalezas se agrupaban en ellas, formando el vacío en torno de Colon y de sus hermanos.

Grande era la resignacion del almirante.

Pero en honor de la verdad, hay que convenir en que hacia un inmenso sacrificio.

Habia llamado á sus hermanos para conferenciar con ellos y resolver de comun acuerdo el partido que deberian tomar.

Antes de que llegaran, se presentaron en Bonaó el fraile franciscano Juan de Trassierra y Francisco Velazquez, tesorero de la expedicion de Bobadilla, y le entregaron en nombre de éste la real cédula firmada por los reyes en 26 de Mayo de 1499, mandando á todas las autoridades dar fe y prestar obediencia á Bobadilla.

—No seré yo, dijo Colon, quien desobedezca órdenes tan terminantes.

—Ved ademas, dijo Velazquez, la órden que en virtud de sus atribuciones os envía el nuevo gobernador.

En términos severos, mandaba Bobadilla al almirante que se presentase inmediatamente en Santo Domingo.

Aquella carta le hirió más que el desengaño que sufría de los reyes, y llamando á uno de sus criados:

—Mi caballo, exclamó.

Y antes de que pudieran llegar los portadores de aquella órden, se presentó á Bobadilla.

¡Qué amargura debió experimentar al ver á su enemigo rodeado del prestigio, de las atenciones, de la adulacion, en fin de todos los que ántes le habian obedecido y venerado!

Los colonos, acusando é injuriando al ilustre marino, ganaban terreno en el ánimo de Bobadilla.

Las conversaciones que con él tenian eran todas calumniosas para el almirante.

Al recibir aviso de que Colon se acercaba, como si tratara de dar una batalla á aquel hombre que iba solo, hizo grandes preparativos, llamó á sus tropas y decretó instantáneamente la prision de don Diego, para que no pudiera prestar ayuda á su hermano.

Don Diego se dejó conducir con grillos á bordo de una carabela sin exhalar una sola queja.

No pensaba Bobadilla que se presentaria Colon tan pronto y sin gente alguna.

El almirante llegó á Santo Domingo, y todos aquellos antiguos servidores suyos que encontró al paso bajaron la vista atemorizados más aún que si volviera con un numeroso ejército.

Y es que Colon tenia un soldado en la conciencia de cada uno de aquellos hombres.

Bobadilla supo instantáneamente su llegada, y no tuvo valor para presentarse á su vista.

El almirante llegó á la puerta de su antigua morada, ocupada entónces por el nuevo gobernador.

Con dignidad pero con acento tranquilo, pidió á uno de los criados que le anunciase su llegada.

La curiosidad llevó á casi todos los colonos á los alrededores de la morada de Bobadilla.

Colon esperaba á la puerta la voluntad de aquel usurpador.

Cada vez que dirigia sus ojos en torno suyo y los fijaba en alguno de los colonos, los veia humillados, avergonzados, soportando un dolor mucha más grande que el que él sufría.

Al cabo de algun tiempo se presentó un capitán de los que habian llegado con Bobadilla, y le dijo:

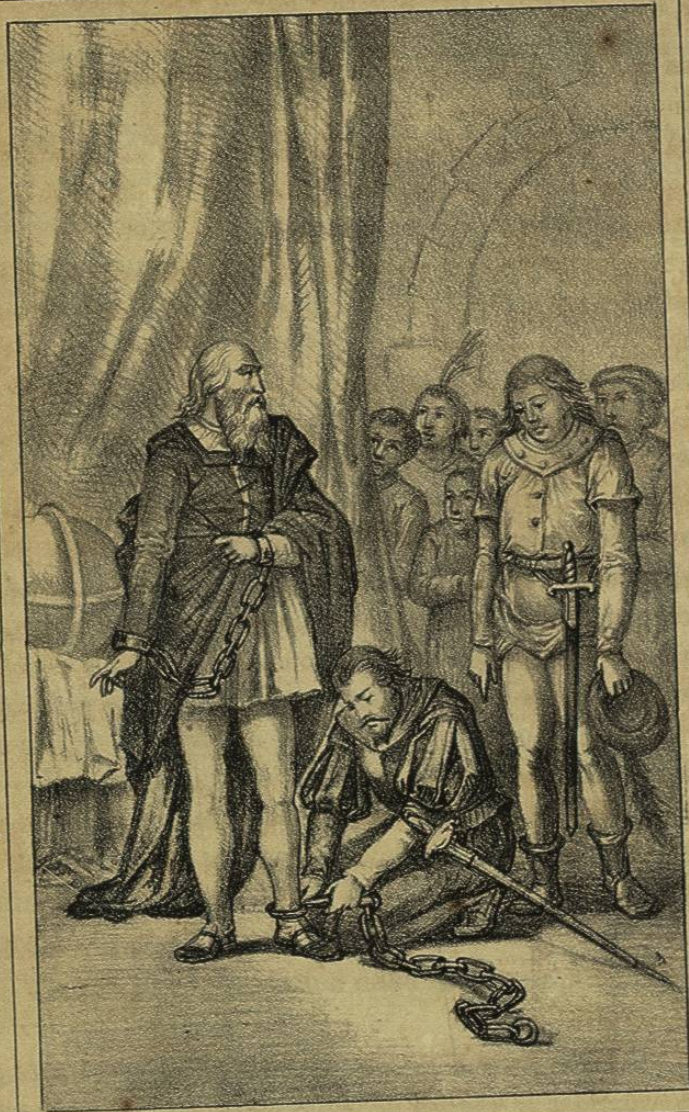
—Mi señor no puede recibiros; pero en vista de los cargos que resultan contra vos en las investigaciones que ha hecho, me manda que os arreste y que os conduzca á la fortaleza de Santo Domingo.

Nadie esperaba aquel acto.

Un sordo rumor se escapó de la concurrencia, rumor que parecia una protesta.

—Cumplid las órdenes que habeis recibido, Dijo Colon con mansedumbre, entregando su espada al capitán.

El capitán, que habia recibido las instrucciones necesarias para llevar á cabo aquel infame atentado, dió una orden, y no



Le remachó los hierros en medio de la consternación general.

tardó en presentarse con grilletes uno de los soldados de Bobadilla.

Los grilletes horrorizaron á todos los circunstantes.

Ninguno de los soldados se atrevió á ponérselos.

—Acercaos á mí, no temais, decia tranquilamente Colon; cumplid las órdenes que os han dado; la obediencia es lo primero.

Pero movidos unos por compasion, y acosados otros por los remordimientos, se negaron abiertamente á cumplir aquella órden.

En esto estaban cuando, presentándose á la puerta de la casa Roldan, que acababa de conferenciar con Bobadilla, y que se habia entregado á él por completo:

—Por inmenso que sea nuestro pesar, dijo, no tenemos más remedio que acatar las órdenes de los reyes. Don Francisco de Bobadilla es su representante; él nos ha mandado aprisionar y encadenar al almirante. ¿No os atreveis á obedecerle? Yo le obedeceré.

Aquel infame hombre, que tantos beneficios habia recibido de Colon, que últimamente habia obtenido su perdon y parecia ser uno de sus más leales servidores, sin atreverse á alzar los ojos, porque el almirante le miraba con una serenidad que helaba la sangre en sus venas, le remachó los hierros en medio de la consternación general.

—Decid á Bobadilla, dijo Colon al capitán, que proponga á los reyes para un gran premio á Roldan por el servicio que acaba de prestarles.

Con los grillos puestos, sin desmayar un solo instante, sin que una lágrima nublaste sus ojos, sin que una sombra apareciese en su frente, avanzó en medio de la muchedumbre, que bajaba las ojos aterrorizada, hasta la fortaleza de Santo Domingo, con la cabeza descubierta y ostentando las plateadas

canas que en el servicio de los que le trataban de aquel modo había adquirido prematuramente.

Ya tenía en su poder Bobadilla al almirante y á su hermano Diego.

Pero Bartolomé era temible, y contaba con tropas que se hallaban á su servicio en el departamento de Xaragua.

Una sola indicacion bastó para que el almirante escribiese á su hermano, mandándole someterse á Bobadilla.

Bartolomé obedeció.

Abandonando su ejército se presentó en Santo Domingo, y también fué cargado de cadenas y conducido á bordo de otra carabela.

Los tres hermanos estaban separados, y no les permitían comunicarse unos con otros.

En vano quisieron ver á Bobadilla.

Aquel hombre infame no se atrevió á comparecer en su presencia, ni permitió que nadie les visitase.

A las preguntas que hacia Colon acerca de las causas que habían motivado su prision, respondían siempre con el silencio.

—No hay duda, pensó el ilustre marino, héroe de esta historia, este hombre infame va á acabar con mi vida. ¡Tal vez levantan en este instante el cadalso en donde va á sacrificarme! Cúmplase la voluntad de Dios, si ha resuelto que concluya mis días de este modo.

Las armas de la envidia no habían podido herirle con más ensañamiento.

Al cabo de algun tiempo, oyó ruido en la puerta de su prision.

Uno de los misioneros entró en su calabozo.

—Se acerca mi última hora, pensó.

Y con angelical resignacion, llena el alma de fe!

—¡No, no, dijo; la Providencia vela por la virtud!

¿Se había levantado, en efecto, el patíbulo para él en aquellas tierras que había descubierto y que tanta gloria habían dado à su nombre.

¿Era posible que la Providencia permitiese semejante horror?

Era imposible.

FIN DEL TERCER TOMO.